

AGUSTIN, DOCTOR DE LA CARIDAD*

El texto de la *Regula ad servos Dei*, comúnmente adoptado desde los siglos XI-XII, comienza por esta frase: "*Ante omnia, fratres carissimi, diligatur Deus, deinde proximus, quia ista praecepta sunt principaliter nobis data*". Ante todo, hermanos muy queridos, amemos a Dios y amemos al prójimo: estos son los mandamientos que nos han sido dados en primer lugar.

Este corto prólogo no es de san Agustín. Pertenece al *Ordo monasterii* o Reglamento del monasterio, cuyo autor nos es desconocido; tal vez sea Alipio, discípulo y amigo de Agustín, superior del monasterio de Tagaste, antes de convertirse en obispo de dicha ciudad.

Sea lo que fuere, la primera frase del *Ordo monasterii* lleva el sello de Agustín y refleja perfectamente sus ideas en materia de vida religiosa. San Agustín es el doctor de la caridad y, como todos los fundadores del monacato, está convencido de que todas las Reglas convergen en la caridad, plenitud de la ley.

"¿Cuál es el mayor mandamiento en la ley?" preguntaba el escriba. Y Jesús respondió: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y todo tu espíritu. Ese es el mayor y primer mandamiento. Hay un segundo tan importante como el primero: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas" (*Mt 22,36-40*). La vida religiosa no tendría razón de ser si no fuese primero una pedagogía elemental de la caridad: esta es para Agustín una convicción esencial.

* De *La Vie Spirituelle* N° 668, enero-febrero 1986, pp. 59-67.

En él, la idea de la vida monástica nace con su conversión a la fe cristiana. No concibe que se pueda vivir como cristiano de otra manera que en unión con amigos: en Cassiciacum, donde hace su retiro preparatorio al bautismo, en un asombroso diálogo con la Sabiduría, relatado en los Soliloquios, reflexiona en lo que será su vida de neófito. Todo reside en esta frase magníficamente acuñada: "*Ut animas nostras Deum simul concorditer inquiramus*".

La vida monástica aparece a sus ojos como una búsqueda de Dios hecha en común con amigos, *concorditer*, es decir unidos de corazón, tal como lo exigirá pronto el primer capítulo de la *Regula ad servos Dei*.

Después de haber recibido el bautismo en la vigilia pascual del 387, Agustín se pondrá en camino de regreso al Africa, pero no sin visitar antes los monasterios establecidos en Milán y en Roma. La descripción de esta visita está relatada en el *De moribus Ecclesiae catholicae*, escrito a fines del año 388. Es para nuestro tema de capital interés: "En Roma conocí varias casas en las que los que se destacaban por su gravedad, su prudencia y la ciencia divina, presidían a los que habitaban con ellos, viviendo en cristiana caridad, santidad y libertad... Supe que muchos practicaban también ayunos absolutamente increíbles, pues no comían una vez al día antes del anochecer— como hasta ahora era costumbre— sino que pasaban con frecuencia tres días seguidos o más sin alimento ni bebida... Pero en esas casas a nadie se lo obligaba a austeridades que no pudiera soportar, ni se imponía a nadie algo contra su voluntad, ni nadie condenaba por eso a quien se reconocía incapaz de imitarlos. Recordaban, en efecto, cuánto se recomienda a todos en las Escrituras la caridad. Recordaban que "todo es puro para los puros" (*Tt* 1,15) y que "no es lo que entra por la boca lo que que mancha sino lo que sale" (*Mt* 15,11). Y así, ponen todo su empeño no en rechazar ciertos alimentos como impuros, sino en domeñar la concupiscencia y mantener el amor entre los hermanos. Recordaban: "El alimento es para el vientre y el vientre para los alimentos. Pero Dios destruirá uno y otros" (*I Co* 6,13); y en otra parte: "No es porque hayamos comido que padeceremos necesidad" (*I Co* 8,8), y especialmente: "Es bueno, hermanos, no comer carne, ni beber vino, ni hacer algo que ofenda a tu hermano" (*Rm* 14,21). En efecto, el Apóstol muestra cómo todas estas cosas han de ser encaminadas hacia un solo fin: la caridad... Lo primero que se observa es la caridad. A la caridad se adapta el alimento; a la caridad, el lenguaje; a la caridad, el comportamiento; a la caridad, el semblante. Se unen y se mantienen unidos en una única caridad. Consideran que violarla es una ofensa hecha a Dios. Si algo se opone a la caridad, se lo aparta y se lo rechaza. Si algo la hiere no se permite que ese mal dure ni un día. Saben que la caridad ha sido tan recomendada por Cristo y los apóstoles, que si falta, todo está vacío, y si está presente, todo es pleno¹".

1. *De moribus Ecclesiae catholicae* 33,70,71 y 73; PL 32,1340 ss.

Caridad y libertad cristiana son las palabras clave de esta relación y constituyen una y otra la ordenación de la vida monástica que observa Agustín: caridad y libertad cristiana son los dos pivotes sobre lo que se va a apoyar pronto la *Regula ad servos Dei*. Sea suficiente recordar lo que se dice del Superior que no ha de considerarse “feliz de dominar en nombre de su autoridad sino de servir por amor (*caritate serviente felix*)” o también lo que se dice acerca de cómo se ha de observar la Regla: “Que el Señor les conceda observar todo esto con amor (*cum dilectione*) y como quien ama verdaderamente la belleza espiritual (*tamquam spiritalis pulchritudinis amatores*)... no como esclavos bajo el régimen de la ley sino como hombres libres bajo el régimen de la gracia”.

Para los monjes no clérigos del monasterio de Hipona redactará Agustín, joven obispo, hacia 397, la *Regula ad servos Dei*, en tanto que él mismo lleva junto con sus clérigos una verdadera vida religiosa en su casa episcopal. Possidius nos ha dejado en la *Vita Augustini*, una descripción de ella que se parece asombrosamente al relato de la visita a los monasterios romanos que hemos citado más arriba: todo está sellado por la medida, la delicadeza de la caridad y el cuidado de la hospitalidad. Possidius anota este detalle conmovedor: “Temiendo como a la peste cierta costumbre inveterada de los humanos, había hecho grabar en el refectorio: “El que se complace en hacer jirones con sus palabras la vida de los ausentes, sepa que esta mesa no le conviene”² ¡Habría que escribirlo con letras de oro en el refectorio de las comunidades religiosas, sobre todo donde se haya sustituido la lectura por la conversación!

La primera frase del *Ordo monasterii*, aun no siendo de la mano de Agustín, refleja sin embargo su espíritu. Después de haber mostrado cómo para el obispo de Hipona, la caridad era la ley de la vida monástica, tenemos que iluminar ahora ese prólogo a la luz del conjunto de la obra de Agustín³.

La caridad pasa por delante de todo —*ante omnia*— de toda observancia, porque la perfección cristiana, la justicia, consiste en la caridad, como lo dice a veces Agustín: “La caridad incipiente es justicia incipiente; la caridad en progreso es justicia en progreso; caridad grande es justicia grande; caridad perfecta es justicia perfecta, pero digo caridad que procede de un corazón puro, de una conciencia buena, de una fe no fingida⁴”.

Por eso Agustín invita frecuentemente a huir de todo deseo inmoderado: “Frenad la vehemencia del deseo, despertad la caridad⁵. Extirpad la vehe-

2. POSSIDIUS *Vita* 22; PL 32,52.

3. Cf. A. SAGE. *La règle de saint Augustin commentée par ses écrits*. París, 1961, pp. 64-76.

4. *La naturaleza y la gracia*, 70,84: PL 44,290.

5. *Homilía sobre el salmo 31,5*; PL 36,260.

mencia del deseo, plantad la caridad⁶. Arrojad toda codicia, bebed la caridad⁷. Porque en cuanto se apodera en nosotros de las riendas del gobierno, la vehemencia de la pasión excluye la caridad, mientras que “cuanto más reina en alguien la caridad de Dios, tanto menos domina en él la iniquidad⁸. “Alimentar la caridad es disminuir el desorden del deseo; la perfección de la caridad elimina todo desorden⁹”.

La caridad ama a Dios ante todo: *diligatur Deus!* “Todo cuanto sé, declara Agustín en las *Confesiones*, es que es malo para mí lo que no seas tú, no sólo fuera de mí sino también dentro mío, y toda riqueza que no sea Dios es pobreza para mí¹⁰”. Ninguna creatura puede ser nuestro fin último, muy al contrario, cuando nos lanzamos hacia ella por el espejismo de nuestra concupiscencia, sólo en Dios podemos hallar el cumplimiento de nuestros deseos, de nuestra beatitud.

Sin embargo debemos amar a Dios por lo que él es, en sus infinitas perfecciones, con un amor que nos arranca a nosotros mismos y a todas nuestras codicias: “La caridad mata lo que éramos para que seamos lo que no éramos. Obra en nosotros una cierta muerte, muerte con la que estaba muerto quien decía: ‘el mundo está crucificado para mí como yo lo estoy para el mundo’. De esa muerte estaban muertos aquellos a quienes les decía: ‘estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios’¹¹. “La caridad es nuestra muerte al mundo y nuestra vida con Dios¹²”.

“No existe ningún otro amor para amarse a sí mismo sino el amor de Dios. El que se ama de otro modo hay que decir más bien que se odia, se perverte, se priva de la luz de la justicia... Le sucede lo que, con verdad, dice la Escritura: ‘El que ama la iniquidad se odia a sí mismo (*Sal* 10,6)’, pues nadie se ama a sí mismo si no ama a Dios¹³”.

Y he aquí que el amor de Dios nos abre hacia el amor del prójimo: *deinde proximus!* Amar al prójimo es amarlo como nos amamos a nosotros mismos; es desearle el bien que es más que nosotros mismos y que nos hace bienaventurados. “Ama verdaderamente al amigo quien, en el amigo, ama a Dios porque Dios está en él, o para que Dios esté en él. Tal es la verdadera dilección:

6. *Sermón* 311,7; *PL* 38,1416.

7. *Sermón* 311,15; *PL* 38,1419.

8. *Homilía sobre el salmo* 118,27; *PL* 37,1582.

9. *83 cuestiones diversas* 36,1; *PL* 40,25.

10. *Confesiones* 13,9; *PL* 32,848.

11. *Homilía sobre el salmo* 121,12; *PL* 37,1628.

12. *Homilía 2 sobre la primera Carta de san Juan*, 14; *PL* 35,1808-1809.

13. *Carta* 155,15; *PL* 33,672.

amar de otra manera es más bien odiar que amar¹⁴”.

La caridad es como la túnica inconsútil de Cristo, de una sola pieza. No se rasga, “no se reparte¹⁵”. Es una como el Padre y el Hijo son uno. “Quien ama al Padre, ama al Hijo y quien ama al Hijo, ama a sus hermanos¹⁶”. Nuestros hermanos son los miembros de Cristo. Quien quisiera amar a Cristo sin amar a sus hermanos, pretendería besarlo en el rostro mientras lo pisotea¹⁷. “Ni el amor de Dios puede existir en el hombre si no ama a su prójimo, ni el amor al prójimo si no ama a Dios¹⁸”.

Por eso es por la práctica del amor del prójimo como nos encaminamos hacia la perfección del amor de Dios: “Primero se nos recomienda el amor a Dios, luego al prójimo; pero hay que empezar por el segundo para llegar al primero. Si no amas al hermano al que ves, ¿cómo amarás a Dios a quien no ves?¹⁹”.

El primer signo de la perfección del amor al prójimo es el amor a los enemigos, el segundo, estar dispuesto a morir por sus hermanos, pues no hay mayor amor que dar la vida por sus amigos. Sólo progresivamente se llega a la perfección de la caridad: “¿Acaso al nacer es ya perfecta la caridad? Nace para perfeccionarse; ya nacida, se la alimenta; alimentada, se fortifica, se perfecciona²⁰”. “Si no eres todavía capaz de morir por tu hermano, eres ya capaz, sin embargo, de compartir con él tus bienes. Si no eres capaz de dar a tu hermano de lo que te es superfluo, ¿podrás dar tu vida por él?²¹”.

La caridad, y muy especialmente la caridad fraterna, resume pues toda la ley:

“Ista praecepta sunt principaliter nobis data. Abarca la múltiple abundancia de las Sagradas Escrituras y toda la amplitud de la doctrina sin ningún error y la observa sin ninguna fatiga aquel cuyo corazón rebosa de caridad. Si no alcanzas a recorrer todas las páginas sagradas, a desplegar todas las implicaciones de las fórmulas, a penetrar todos los secretos de las Escrituras, aférrate a la caridad: todo depende de ella. Así tendrás lo que has aprendido y también lo que no has aprendido... En lo que comprendes de las Escrituras, se manifiesta la caridad; en lo que no comprendes, se esconde la caridad. Observa tanto lo que es manifiesto como lo que se esconde en las palabras divinas, quien rige su conducta por la caridad²²”.

14. *Sermón* 336,2; *PL* 38,1472.

15. *Homilía 10 sobre la primera Carta de san Juan*, 3; *PL* 35,2055-56.

16. *Ibid.*

17. *Ibid.*, 8; *PL* 35,2060.

18. *La fe y las obras*, 10,6; *PL* 40,207.

19. *Sermón* 265,9; *PL* 38,1223.

20. *Homilía 5 sobre la primera Carta de san Juan*, 5; *PL* 35,2014.

21. *Ibid.* 12; *PL* 35,2018.

22. *Sermón* 350;1-2; *PL* 39,1533-34.

La caridad es la primera, a la manera de un principio, y a la manera de una fuente. "Innumerables son los mandamientos ¿quién los puede contar? Pero por la caridad los asimamos todos en su principio²³".

Si bien Agustín no es realmente fundador de la vida religiosa en Occidente, demuestra tener una inteligencia particularmente penetrante de ella. Los desiertos, las austeridades, aun la vida más contemplativa no aventajan la práctica de la caridad. En vano huiríamos al desierto como la paloma: "La paloma se aparta de toda traba, batiendo sus alas pero no abandona la caridad²⁴". Para Agustín, la vida monástica es indiscutiblemente una vida solitaria pero llevada en común, en la unión de la caridad:

"Quien dice monje, dice uno; pero no cualquier uno. También la multitud es una, una formada por muchos. No ocurre lo mismo con el monje; monje significa solo, es decir uno absolutamente. Por lo tanto los que así viven en comunidad, como constituyendo uno solo, realizan lo que está escrito: una sola alma y un solo corazón. Muchos son los cuerpos, pero no son muchas las almas; muchos los cuerpos, pero no muchos los corazones. Y así con toda verdad se lo llama monje, es decir uno solo²⁵".

Hoy la vida religiosa está seriamente enferma y no faltan terapeutas que pretenden sanarla con remedios enérgicos, por ejemplo, restaurando la observancia primitiva en todo su vigor. Sea, siempre que esta observancia no resulte represiva sino expresión de la caridad! Sea, siempre que esta observancia no se reduzca a un simple amaestramiento sino se revele como una verdadera *-disciplina-*, es decir sabiduría impregnada de amor que hace del pecador un discípulo! No hay vida religiosa seria sin observancias, pero siempre temperadas por la caridad. Si es cierto que Agustín, doctor de la caridad, nos recuerda muy oportunamente a qué nivel de profundidad debe situarse todo *aggiornamento* auténtico, él nos recuerda también que la caridad es un don que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado, y que, por consiguiente, nos es necesario pedirla sin cesar con una oración humilde y confiada²⁶. Siete siglos más tarde, santo Domingo, canónigo regular de Osma, hará de esta petición de la caridad el centro de su oración. Pedía frecuentemente a Dios que le diera una caridad verdadera y eficaz para cultivar y procurar la salvación de los hombres, pues pensaba que sería verdaderamente miembro de Cristo sólo el día en que pudiera darse por entero con todas sus fuerzas, a ganar almas, como el Señor Jesús, Salvador de todos

23. *Homilía 83 sobre el Evangelio de san Juan*, 3; PL 35,1846.

24. *Homilía sobre el salmo* 54,8; PL 36,634.

25. *Homolía sobre el salmo* 132,6; PL 37,1732-33.

26. *Sermón* 209,1; PL 38,1046.

los hombres, se consagró por entero a nuestra salvación²⁷”.

¡Que el Obispo de Hipona y el Padre de los Predicadores puedan convertirse en maestros para nosotros!

Traducción del francés por

Paula Debussy, osb – Abadía de Santa Escolástica

Pierre RAFFIN, op

27. JORDAN DE SAJONIA, *Libellus de principiis Ordinis Praedicatorum*, nº 13.